

HACIA UN NUEVO PROFESIONAL: EL CIENTIFICO SOCIAL

Dr. Eduardo Latorre

Un documento escrito en la Primavera del año 1974 por el entonces Decano de la Facultad. En él se hace un desarrollo de las ideas que justifican la línea adoptada por INTEC al crear la carrera de Ciencias Sociales Generales. Aun cuando trata este aspecto específico, el trabajo da una visión de la forma de concebirse que tenía en aquel momento, de sí misma, la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades.

Antes que nada es menester decir que al hablar del científico social como profesional, no se trata de una nueva carrera, sino que se refiere principalmente a una orientación distinta de aquellas carreras dentro del área académica de las ciencias sociales, como por ejemplo, economía o psicología. La diferencia estriba en una filosofía educativa distinta y moderna en contraste con las otras más tradicionales.

En esencia, ésta se compone de cuatro conceptos básicos relacionados entre sí. Primero, que el proceso educativo debe ser primordialmente formativo en vez de informativo. Segundo, que la educación es un proceso permanente. Tercero, que la educación requiere la participación activa del educando. Y cuarto, que la educación debe ser orientada hacia el servicio social en una realidad histórica concreta. Primero trataremos el problema filosófico en general y luego el del científico social en particular.

El concepto de educación formativa es casi un axioma en toda filosofía de la educación; sin embargo no es tan frecuente encontrar una programación adecuada para lograrlo. Básicamente nos estamos refiriendo a la formación mental del individuo, la capacidad con que pensar, de analizar, de imaginar, lo cual no es particular de una profesión y ni siquiera de las instituciones educativas, pero que sí puede ser fomentado por un proceso educativo institucionalizado. El pensamiento crítico parte de una actitud de cuestionamiento hacia el mundo que nos rodea y hacia uno mismo y para desarrollarlo es necesario tener por lo menos tres elementos. Primero, una filosofía de búsqueda de la verdad que niegue toda posibilidad de dogma; segundo, un entendimiento general del mundo natural y social que permita al hombre comprender su realidad en el sentido más amplio; y tercero, un método de cuestionamiento sistemático, que puede ser desde el sencillo método socrático hasta el más complejo método científico.

Si partimos de esta base filosófica tenemos que, por definición, la "formación" de un profesional no debe ser profesionalizante. En ningún momento se pretende decir con esto que un cuerpo de conocimientos especializados no es necesario en la preparación de un "profesional" en un área dada del saber, pero sí quiere decir que la buena preparación profesional conlleva una rigurosa formación, que en principio debe ser común a todos y una especialización que es lo que distingue a los unos de los otros. Aceptar este criterio significa que la pregunta importante para la programación educativa es ¿qué necesita un estudiante para ser un buen profesional?, mucho más que la tradicional, ¿qué necesita un estudiante para ser un médico, un abogado o un economista?

De nuevo, aceptar este criterio significa por lo menos dos cosas más. Primero, que el programa especializado de una profesión debe llevar el número mínimo de materias; y segundo, que el problema de la educación es permanente y no se resuelve con una estadía temporal en una institución. Dentro del esquema tradicional se pretende que el estudiante cubra todas las áreas habidas y por haber dentro de una rama del saber específico, queriendo dar una "formación" completa transmitiendo toda la información posible dentro de la profesión. Esto tenía sentido cuando se concebía la enseñan-

za en términos de la cátedra magisterial, pues los conocimientos serían adquiridos por la transmisión que de ellos haría el catedrático, pero al hacer de la biblioteca el eje central de la universidad sencillamente los conocimientos quedan a mano de todo el que vaya a buscarlos. Peor aun, esta concepción no es sólo pedagógicamente atrasada, sino que en gran medida es obsoleta, pues tiene el mismo sentido del conocimiento del enciclopedismo. En este caso, el problema era uno de recopilar el conocimiento y transmitirlo, lo que desde el siglo XVIII hasta hace poco era muy conveniente, pero cuando nos enfrentamos con la realidad que desde 1950 al presente han habido más inventos que en toda la historia anterior, o que las entradas anuales de libros a la UNESCO, sin contar los artículos, sobrepasan los trescientos mil, entonces nos damos cuenta que hoy en día el sistema es absurdo, pues no es posible "dar" todos los conocimientos referentes a una profesión.

Lo importante es tener un cuerpo de conocimientos mínimo y una buena formación que permitan al educando ir adquiriendo los conocimientos según los vaya deseando o necesitando. Esto se puede llevar a cabo a título personal si se desea, como toda educación, o en programas institucionalizados. Si se quiere mayor profundidad o especialización en el campo propio, pueden hacerse estudios de postgrado. Si sólo se quiere estar al día o ahondar un poco más en un área específica, para eso están los cursos que en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) llamamos de Educación Permanente, pero que pueden ser ofrecidos, o son ofrecidos, en cualquier institución de educación superior sin ponerlos en una categoría específica. Lo importante es el concepto de que la educación es un proceso continuo y que por lo tanto el profesional realmente se hace en el desempeño de su profesión, siendo en gran medida la universidad sólo un instrumento que provee los medios.

Vista la educación de este modo, el diploma universitario que otorgan las instituciones de educación superior se convierte más bien en una especie de licencia que le permite al graduando empezar a aprender realmente lo que es la profesión escogida por él y no el final de un proceso de "quemarse las pestañas" que califica en ese momento y para siempre a un estudiante como profesional. Al fin de cuentas

lo único que realmente dice un título es que un señor merece un grado de tal cosa por haber llenado una serie de requisitos fijados por una institución. Lo que realmente determina la calidad del profesional depende de su formación, de su persona y de las circunstancias en que se desempeñe como tal.

Esa buena formación para ser verdaderamente eficiente requiere la participación activa del educando. Dentro de esta filosofía educativa, el estudiante no puede ser un agente pasivo—receptivo, donde el profesor “da” y el problema es el de asimilar (memorización) lo dicho. El conocimiento se concibe dentro de un proceso dinámico, siempre enriquecedor, a través de la investigación científica, donde la labor educativa es una tarea conjunta de profesores y estudiantes; nadie con el monopolio de la verdad, nada que no pueda ser cuestionado, donde lo más importante es el desarrollo de la capacidad científica como método de adquirir nuevos conocimientos y cuestionar los viejos. Obviamente el papel del profesor cambia radicalmente, pues cae del pedestal de la sabiduría al de simple guía y compañero, al de un buen maestro que enseña al que aprende cómo poder ser tan bueno o mejor que él.

Sin embargo, el principal cambio es el que tiene que sufrir el estudiante. De repente no es el profesor el responsable de educarlo, ni la institución tampoco, sino que él mismo es el responsable de su educación. Esto por definición no puede ser en términos absolutos, pero sí en peso relativo, lo cual genera una actitud distinta hacia el proceso educativo. En primer lugar, se le trata de adulto al educando al dársele la responsabilidad de su educación, lo cual conlleva un comportamiento más maduro. En segundo lugar, el éxito de la educación se verá que depende en gran medida del esfuerzo realizado individualmente y colectivamente, no tanto de las circunstancias de tal profesor en particular o de la institución en general. “Si hay los medios (libros, laboratorios, instrumentos), uno se puede educar”, filosofía que exige de la institución proveer la facilidad, los medios y el buen funcionamiento, así como los profesores, para la exitosa realización de la labor educativa. Por último, el estudiante, como ente responsable, también participa en diseñar su programa educativo, lo que por un lado da flexibilidad y

permite el uso de la imaginación. Por otro lado, esto obliga a la institución a tener sólo el mínimo de requisitos necesarios, cayendo forzosamente en un proceso de creatividad con relación a cursos electivos de gran variedad y en proyectos de investigación tutorada que examinan un área o problema con profundidad.

Para que una buena educación tenga sentido tiene que estar vinculada a un período histórico concreto, y para que la labor, el esfuerzo y el costo, de producir un profesional tenga sentido, éste tiene que estar motivado por una ética de servicio social. La educación superior de tendencia humanista reinó en el medioevo cuando la preocupación intelectual era espiritual; la profesionalizante reinó en el desarrollo del capitalismo y en el apogeo del liberalismo, cuando la preocupación principal era la promoción individual y el éxito personal; la científica es la que estamos viviendo y viviremos aun más intensamente en el futuro próximo, cuando la preocupación principal es la búsqueda insaciable del conocimiento y la aplicación de la ciencia para el bienestar de las grandes mayorías.

La universidad musulmana, por ejemplo, estuvo tan desvinculada del mundo en que vivía, una verdadera torre de marfil, que realmente no valió la pena haberla tenido, pues no incidió en su sociedad y sólo sirvió para satisfacer el intelecto de los que en ella participaron. Para un dominicano en la segunda mitad del siglo XX, como para un latinoamericano cualquiera, su realidad más importante es la dependencia y el subdesarrollo y toda la deformación humana y social que esto conlleva. Por tanto la educación tiene que estar orientada hacia la creación de la capacidad científica y tecnológica necesaria para vencer este obstáculo que oprime y condena a su pueblo. No es suficiente ser conocedor de las artes o ser conocido profesionalmente, sin menospreciar estos valores, sino que principalmente hay que contribuir, incidir en la medida de las posibilidades, en la lucha contra el subdesarrollo, sus causas y sus males.

Desde los antiguos griegos, como evidencia el juramento de Hipócrates en el caso de los médicos, ha sido siempre motivo de preocupación social el problema de la ética profesional. Obviamente, si se licencia a un individuo para

opinar y decidir con supuesta autoridad en un campo específico del saber, es justo demandar de él integridad moral además de capacidad técnica, pues quien emite los juicios o toma las decisiones no lo hace en un vacío, sino en beneficio o perjuicio de personas o grupos. Pero esto tampoco es suficiente hoy en día, aunque condición necesaria, o al menos muy deseable, pues el profesional debe tener también vocación de servicio social. ¿Cómo es posible que los que han sido privilegiados por la sociedad con la oportunidad de estudiar, de saber, sólo se sirvan de ella?

El conocimiento debe ser siempre puesto en servicio de los demás, principalmente de aquellos infelices desposeídos de la tierra, quienes no sólo tienen el derecho a vivir mejor, sino que son los que absorben el costo social para permitirle a otro el lujo de estudiar. A fin de cuentas, ¿qué vale más: invertir diez mil pesos en la educación de un profesional o invertirlos en crear una pequeña industria artesanal que les dé sustento a diez obreros desempleados? La respuesta sólo puede ser a favor de la educación superior si ésta tiene un rendimiento social, en términos globales y en los más específicos, que la justifiquen: la lucha contra el subdesarrollo y el servicio a la mayoría necesitada.

Por último, dentro de este mismo tema del período histórico concreto, la educación debe ser visionaria, para el futuro y más en una época cuando los cambios son tan rápidos y lo nuevo es casi una manía. El mundo va a una velocidad vertiginosa, donde el cambio es la normalidad, manifestándose en cosas tan sencillas y superficiales como en la moda de vestir, hasta la transformación completa de un sistema social, de toda una forma de vivir. Una educación fundamentalmente informativa tiene como resultado no solamente un profesional obsoleto en conocimientos el día que recibe el título, sino lo que es peor, sin entrenamiento para la rápida absorción de nuevos conocimientos y la adaptación continua a las nuevas técnicas, todo lo cual redundará en una pérdida para la sociedad y en una frustración personal. Tenemos que educar para los finales del siglo XX y los principios del siglo XXI, lo cual cuestiona muy seriamente las concepciones educativas desarrolladas en el siglo XIX.

Sólo en la medida que la educación sea formativa, ayudando al individuo a adquirir los conocimientos suficientes y los instrumentos intelectuales, la capacidad de recurrir a sus recursos personales para el análisis, la reflexión y la creatividad, podrá vivir en un mundo cambiante y ser más útil a la sociedad. En resumen, esta formación que tanto hemos mencionado debe de fomentar el pensamiento crítico, el método científico y el espíritu creativo, hacerlo dentro de una filosofía de educación permanente, de servicio social y de excelencia académica, todo lo cual exige del educando madurez y participación activa.

Veamos ahora al científico social.

El científico social es un profesional conocedor de las ciencias sociales con una especialización particular, como como administración o economía y no un administrador o economista con conocimientos de ciencias sociales. Como se puede ver, la diferencia estriba en el énfasis, el viejo problema de formación vs. información, lo cual obedece a filosofías educativas distintas. Los primeros argumentarían, como yo se ha hecho en este artículo que el científico social tendría un dominio general del área y que estaría capacitado con mejores instrumentos de análisis y con mayores habilidades creativas, mientras que los segundos dirían que su profesional es un maestro del campo, conocedor íntimo de todos los pormenores de tan complicado oficio, un especialista en grado máximo con suficientes conocimientos generales para poderse desempeñar exitosamente.

Una manera de demostrar la diferencia es a través de una breve descripción de lo que se pretende hacer en INTEC, institución de educación superior que está experimentando con toda una filosofía educativa moderna. En primer lugar, la preparación profesional se concibe a tres niveles distintos: técnico medio, licenciado y postgrado. Existe un ciclo formativo de aproximadamente media carrera (100 créditos) que es igual para todas las ciencias sociales. Tercero, la duración de los estudios depende del mismo estudiante, pero a tiempo completo y con el sistema trimestral de obtener la licenciatura (192 créditos) cuarenta y cuatro semanas de docencia por año, se puede en un mínimo absoluto y en un máximo reglamentado de seis años. Cuarto, los programas especializados para la licenciatura no pueden exceder los 80

créditos, institucionalizando las electivas fuera de programa, haciendo hincapié en ellas dentro del mismo y dentro del ciclo formativo. Por último, en todo momento se enfatiza la investigación científica como medio de obtener conocimientos, es decir la biblioteca, el laboratorio, la sociedad en vez del aula donde tanto énfasis, en muchos casos muy justificado, ha puesto la tradición.

El ciclo formativo se compone de seis elementos distintos e interrelacionados que en conjunto preparan al estudiante para poder tener una visión amplia, los instrumentos de análisis y los medios de poderse desempeñar a nivel medio en cualquier área de las ciencias sociales, ya sea, por ejemplo, de ayudante de investigación o en funciones administrativas auxiliares. La idea es la de ofrecer un técnico de mucha utilidad a la sociedad.

Dentro de este ciclo tenemos: (a) comunicación — lectura y escritura en español, para entender ideas y expresarlas correctamente y eficazmente. Además lectura de una lengua extranjera, preferiblemente inglés, para entender las ideas expuestas en otros idiomas. (2) Métodos Cuantitativos — Matemáticas generales con ejemplos aplicados a las ciencias sociales, como instrumento analítico y para el desarrollo del pensamiento lógico. Además, estadísticas y el uso de computadoras, absolutamente necesarios en las ciencias sociales contemporáneas y en el mundo del futuro en general. (3) Historia — tanto la universal como la dominicana con el fin de establecer conocimiento de origen y perspectiva: de orientación antropológica y no el simple narrativo tradicional. (4) Introducción al Quehacer Científico — perspectiva intelectual del desarrollo de las ciencias y sus distintos métodos y del problema del conocimiento, así como también entrenamiento en técnicas de investigación bibliográfica y de campo. (5) Ciencias Naturales — totalmente electivas, pretendiendo que el estudiante tenga visión no sólo del mundo social, sino también del natural y del uso del método científico en esas disciplinas. Por último, (6) Ciencias Sociales — conocimiento del mundo social a través de la sociología y la economía y preparación en administración y contabilidad, entendimiento del mundo de la empresa pública y privada.

A pesar de que teóricamente todas las ciencias sociales podrían ser ofrecidas como carreras, para empezar INTEC

sólo ofrece programas en administración, contabilidad, economía y ciencias sociales en general.

Para darnos una idea, el programa de la economía se compone de doce materias obligatorias de distinta duración, como por ejemplo, Moneda y Banca, Sistemas Económicos Comparados y Econometría, el estudiante teniendo la libertad de elegir su concentración profesional con materias electivas, como por ejemplo, en Desarrollo y Planificación o en Investigación y Economía Matemática, o sencillamente no elegir ninguna. Es decir, se ofrece un cuerpo de conocimientos necesarios para la profesión, se da a elegir en qué área de interés se va a hacer hincapié, pero siempre se hizo el énfasis en la formación general del educando.

Suponiendo que el estudiante que obtiene su licenciatura todavía quiera profundizar más en la profesión, a él y a cualquier profesional INTEC este año les ofrece tres programas en ciencias sociales a nivel de postgrado: administración industrial, contraloría y economía agrícola. Estos programas son conducentes a un diploma están concebidos para llenar una función social específica, pero una vez completado, el estudiante puede solicitar continuar estudios en la misma área académica hasta alcanzar el grado de Maestría. Es difícil encontrar un sistema educativo tan flexible, que llene los requisitos sociales a tan distintos niveles y que al mismo tiempo le dé tantas oportunidades al estudiante de decidir por dónde va a ir y hasta dónde quiere llegar. Esto es un fenómeno nuevo en el mundo académico dominicano y será un nuevo profesional lo que tendrá como resultado. Sólo queda esperar que sabrá cumplir con las responsabilidades que la historia le impone y nuestra sociedad subdesarrollada le exige. Creemos que sí.